

## La política de los movimientos piqueteros

Maristella Svampa y Sebastian Pereyra<sup>1</sup>

### Introducción

Este artículo intenta abordar el interrogante político que suscita, en la Argentina contemporánea, la constitución y el desarrollo de masivos movimientos piqueteros. Nuestra intención, sin embargo, no es aportar a estas discusiones ofreciendo una respuesta definitiva sino desde la reconstrucción del sentido político que han ido teniendo, a lo largo de estos años de existencia, las organizaciones de desocupados.

En la primera parte abordaremos las condiciones en que se produjo la emergencia de estos movimientos, sus orígenes así como sus corrientes fundamentales. En la segunda, nos ocuparemos de aquellas dimensiones comunes que atraviesan, por encima de toda heterogeneidad, a dichas organizaciones (el piquete, la dinámica asamblearia, el trabajo comunitario). Este análisis es sustancial para entender el éxito organizativo de la experiencia piquetera frente a las dificultades que generalmente supone la movilización de los desocupados.

Finalmente, nos proponemos dar cuenta de la conflictiva relación con el Estado y los diferentes posicionamientos políticos de las organizaciones. En este apartado se presentan algunas reflexiones sobre la dinámica actual de los movimientos así como las transformaciones que sufrieron en estos agitados años en la vida política argentina. Nuestro análisis se orienta, en definitiva, a mostrar algunos de los desafíos actuales así como el horizonte político en el cual se inserta la acción de las organizaciones piqueteras.

El surgimiento de movimientos de desocupados es una de las experiencias más ricas y novedosas de la Argentina de la última década. Las transformaciones socioeconómicas vividas en el país en los últimos años son el contexto en el que este

---

<sup>1</sup> El presente artículo está basado en el libro de los autores, *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos, 2003. Dicha versión fue publicada en la *Revista da Sociedade Brasileira de Economia Política*, Rio de Janeiro, Brasil, nro 15, dezembro de 2004 y en el libro *Tomar la palabra*, de F. Schuster et al., Buenos Aires, Prometeo, 2006.

fenómeno tuvo lugar aunque, como veremos enseguida, las mismas no alcanzan para explicar ni su alcance ni sus características peculiares.

## **1. Breve genealogía y características de los movimientos piqueteros**

### ***1.1. Las condiciones de emergencia de las organizaciones de desocupados***

En Argentina, desde mediados de los '90 comenzaron a reproducirse multitudinarios cortes en las rutas del interior del país. De esos cortes, que tuvieron como protagonistas a los pobladores de comunidades enteras, surgió el nombre "piquetero" - aquél que organiza los piquetes, los cortes en las rutas-; nombre que, además de atraer la atención -de los medios y del sistema político- por su fuerza expresiva, representó una alternativa para todos aquellos para los cuales una definición, como la de desocupados, les resultaba intolerable. Así comienza la historia de pequeñas organizaciones locales de desocupados que más tarde pasaron a integrar -la mayor parte de las veces- "federaciones" de escala nacional.

Para comprender el origen de los nuevos procesos de organización y de movilización es necesario tener presente el contexto de transformación económica, social y política de la Argentina de los últimos treinta años. Estas transformaciones -ocurridas como corolario de la aplicación de políticas neoliberales- terminaron por reconfigurar completamente las bases de la sociedad argentina. El proceso, marcado por el empobrecimiento, la vulnerabilidad y la exclusión social comenzó en los años '70, con la última dictadura militar; tuvo su punto de inflexión entre 1989 y 1991, con la asunción de Carlos Menem al gobierno -momento en que se profundizan las políticas de apertura comercial y de reestructuración del Estado- y encuentra, por último, una aceleración mayor luego de 1995, con la acentuación de la recesión económica y un aumento desmesurado de la desocupación.

Dos novedades importantes se constatan en este período ligadas a las transformaciones producidas. La primera, la brecha entre ricos y pobres ha pasado a ser la más grande de los últimos 30 años. Así, los datos de diciembre de 2003 indican para todo el país que el 10% más rico se queda con el 38% de la riqueza producida y gana 31 veces más que el 10% más pobre. En segundo lugar, el cambio de modelo económico generó

una situación novedosa que es la coexistencia de crecimiento económico y aumento de la desocupación.

Durante este período de grandes mutaciones, la sociedad argentina no contaba con redes de contención ni con centros de formación o reconversión laboral, al tiempo que era notable la ausencia de políticas estatales en la materia, todos mecanismos necesarios para compensar los efectos de las progresivas medidas de flexibilización laboral o los despidos masivos que acompañaron los procesos de privatización y la reconversión de empresas en el nuevo contexto de apertura comercial. Por otro lado, recordemos que los grandes sindicatos nucleados en la Confederación General del Trabajo (CGT) no se opusieron a las reformas, que virtualmente minaban sus bases de afiliación, sino que negociaron con el gobierno su supervivencia material y política y optaron por readecuarse al nuevo contexto económico y social.<sup>2</sup>

Es necesario tener en cuenta que la única política sistemática, llevada adelante por todos los gobiernos, para hacer frente a la progresiva crisis de empleo fue el lanzamiento, en 1996, del Plan Trabajar, política que mantuvo siempre (aún en su nueva reformulación del año 2002 -el Plan Jefes de Hogar-) una marcada ambigüedad al no constituir ni un seguro de desempleo, ni una política asistencial ni una política de reinserción laboral, sino todas a la vez.<sup>3</sup> Los "planes" (subsídios) fueron el núcleo que estructuró la política de contención del gobierno, convirtiéndose, con el correr de los años, en el centro de la negociación con las organizaciones, para poner fin a los cortes de ruta. Así, de un volumen inicial de aproximadamente 140.000 subsidios vigentes promedio en 1997 (con un máximo de más de 200.000 beneficiarios en octubre de ese año), esa cifra había aumentado a 1.300.000 en el octubre de 2002. Las estimaciones actuales indican que el Plan Jefas y

---

<sup>2</sup> Durante la década del '90 se creó una nueva central sindical de oposición a la CGT: la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA), conformada por sindicatos de empleados estatales y maestros. Esta fue la única oposición sindical a las reformas económicas y el único polo sindical que rompió definitivamente con el Partido Justicialista. Ver al respecto el texto de Martín Armelino incluido en este volumen.

<sup>3</sup> Las principales características del Plan Trabajar eran las siguientes: se requería la presentación de proyectos de mejoramiento barrial (por parte de municipios o ONGs) que tengan "relevancia social", apuntando a mejorar la calidad de vida de la población. El subsidio inicial era de 200 pesos (200 dólares en la época y actualmente unos 76 dólares) por mes. Se exigía una contraprestación que tenía una duración de hasta seis meses con posibilidades limitadas de renovación. Por último, los ámbitos locales eran los que co-financiaban con recursos propios (materiales, recursos humanos, equipamiento) la puesta en marcha de los proyectos.

Jefes de Hogar alcanza a más de 1.700.000 personas.<sup>4</sup> Es importante señalar que sólo una pequeña proporción de estos planes sociales –aproximadamente un 10%– son directamente controlados por las organizaciones piqueteras.

Por otro lado, es necesario tener en cuenta que la emergencia de movimientos de desocupados puede comprenderse también por la existencia de una tradición política organizativa, en gran parte asociada a las vertientes más clasistas, cuyos (nuevos) representantes se decidieron a actuar y construir por afuera –y en oposición– de las estructuras sindicales tradicionales, mayoritariamente vinculadas con el partido justicialista.<sup>5</sup> Desde este punto de vista, la emergencia de organizaciones de desocupados tiene como telón de fondo la crisis y el debilitamiento del peronismo en los sectores populares (Martuccelli y Svampa, 1997). Esta transformación no registró una secuencia única y, digamos de paso, está lejos de aparecer como un hecho irreversible. Así, durante el primer lustro de la década menemista, los cambios en el mundo popular se instalaron en el registro de la convivencia y de la complementariedad con la cultura peronista; y es solo a partir de 1996-1997 que nuevas formas de organización y movilización fueron insertándose en el registro de la confrontación y el conflicto con el peronismo. A partir de esa época, el territorio del conurbano bonaerense pasó a convertirse en el escenario de una confrontación, de una lucha “cuerpo a cuerpo” entre las incipientes organizaciones de desocupados y la estructura de referentes y gobiernos locales del partido justicialista.

Este conjunto de hechos y factores nos permite comenzar a responder por qué en Argentina existe un movimiento de desocupados, cuya expansión y relevancia lo ha llevado a erigirse en uno de los actores centrales de la política argentina.

### *1.2. El doble origen de las organizaciones piqueteras y sus principales alineamientos*

---

<sup>4</sup> Los datos referidos al número actual de planes sociales pueden encontrarse en [www.trabajo.gov.ar](http://www.trabajo.gov.ar)

<sup>5</sup> En este sentido, el movimiento piquetero, compuesto por organizaciones que se colocan fuera –y en oposición– con las estructuras del partido justicialista, reenvía a la experiencia del sindicalismo de clase, desarrollado a fines de los ´60, sobre todo en los polos industriales. Recordemos que dichas experiencias fueron combatidas por el propio peronismo desde el poder (1973-1976), antes de que fueran reprimidas y desarticuladas luego por la última dictadura militar. Para el tema véase James (1990) y Torre (1989). De este tipo de experiencia son herederos los dirigentes sindicales que conformaron a comienzos de los noventa la Corriente Clasista y Combativa (CCC), ligada al Partido Comunista Revolucionario (de inspiración maoísta), que tempranamente se volcó a la organización de desocupados. Asimismo, gran parte de los dirigentes de grupos autónomos y partidarios, con trayectoria sindical, reclaman su pertenencia a esta tradición organizativa.

Desde sus orígenes mismos el movimiento piquetero nunca fue uno ni homogéneo, sino que estuvo atravesado por diferentes tradiciones organizativas y corrientes político-ideológicas. En rigor, el proceso de conformación del movimiento piquetero, reconoce dos afluentes fundamentales: por un lado, reenvía a las acciones disruptivas, evanescentes y por momentos unificadoras, de los cortes de ruta y levantamientos populares registrados en el interior del país a partir de 1996, resultado de una nueva experiencia social comunitaria que aparece vinculada al colapso de las economías regionales y a la privatización acelerada de las empresas del estado realizada en los años ´90; por otro lado, remite a la acción territorial y organizativa gestada en el Gran Buenos Aires, y ligada a las lentas y profundas transformaciones del mundo popular, producto de un proceso de desindustrialización y empobrecimiento creciente de la sociedad argentina que arrancó en los años ´70.

En otros términos, no es posible comprender la génesis ni el posterior desarrollo del movimiento piquetero si no establecemos esta doble filiación. Así, en primer lugar, los conflictos generados en el interior del país representaron el punto inicial en el cual una nueva identidad -los piqueteros-, un nuevo formato de protesta -el corte de ruta-, una nueva modalidad organizativa -la asamblea- y un nuevo tipo de demanda -los planes sociales- quedaron asociados, originando una importante transformación en los repertorios de movilización de la sociedad argentina. En segundo lugar, la acción colectiva que tuvo por epicentro algunas regiones del Gran Buenos Aires contribuyó de manera decisiva al desarrollo de los modelos de organización, a escala nacional, así como también a la producción de los nuevos modelos de militancia, asociados íntimamente al trabajo en los barrios. En resumen, es la convergencia entre, por un lado, acción disruptiva e identidad piquetera, modelo asambleario y puebladas<sup>6</sup> del interior del país y, por otro lado, marcos organizativos y modelo de militancia territorial, desarrollados de manera paradigmática en determinadas regiones, sobre todo en La Matanza y el eje sur del Gran Buenos Aires, el que explica tanto la riqueza como la diversidad del movimiento piquetero, al tiempo que nos anticipa algo acerca de su fragmentación inevitable.

---

<sup>6</sup> Por "puebladas" hacemos referencia específicamente a los levantamientos populares que siguieron a las represiones llevadas a cabo por las fuerzas de seguridad (gendarmería, policía provincial) para terminar con los cortes de ruta. En casi todos los casos, estos episodios finalizaron con el retiro de las fuerzas de seguridad frente a los levantamientos de las comunidades que se decidían a enfrentarlas.

La heterogeneidad y la variedad de corrientes al interior del espacio piquetero son crecientes. Con el fin de presentar las organizaciones de desocupados más importantes, podemos dar cuenta de las diferentes orientaciones políticas. Estas pueden comprenderse a partir de tres lógicas principales que están presentes, con peso desigual, en todos los grupos que se constituyeron en los últimos años: una lógica sindical, una político partidaria y una lógica de acción territorial. En primer lugar, las formas de organización de los piqueteros reconocen una fuerte impronta sindical marcada ya sea, por la intervención directa de sindicatos en la organización de desocupados -como es el caso de la *Federación de Tierra y Vivienda (FTV)*, ligada a la Central de Trabajadores Argentinos- o, simplemente por la presencia de referentes que han tenido una trayectoria de militancia sindical.

En segundo lugar, los partidos políticos de izquierda que han aportado sus estructuras a los movimientos marcan la presencia de otra lógica distinta de organización. Así, el *Polo Obrero* (dependiente del *Partido Obrero*, de raíz trotskista), *Barrios de Pie* (*Partido Patria Libre*, suerte de populismo de izquierda), *Movimiento Territorial de Liberación* (*Partido Comunista Argentino*) o el *Movimiento Teresa Vive* (ligado al trotskista *Movimiento Socialista de los Trabajadores*), representan ejemplos paradigmáticos en los cuales, la organización de desocupados es subsidiaria de sus orientaciones políticas. Aquí, la política en sentido institucional y electoral aparece como un objetivo claro a ser alcanzado.

En tercer lugar, muchas organizaciones piqueteras se generaron en torno de liderazgos de tipo barrial, en general también con antecedentes militantes, pero que han mantenido una desvinculación total con las lógicas sindical y partidaria. Aquí, como ejemplos pueden citarse a los distintos *Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD)* *Aníbal Verón* o, incluso, a los diferentes movimientos de desocupados que se conformaron en el interior del país -como la emblemática *Unión de Trabajadores Desocupados (UTD)* *de General Mosconi* en Salta- y que decidieron no integrar ninguna de las grandes corrientes de nivel nacional.

En muchos casos, las lógicas de construcción política aparecen fuertemente entremezcladas en las organizaciones. Tal es el caso de la *Corriente Clasista y Combativa (CCC)* que, tiene una fuerte impronta sindical en relación con sus orígenes, al tiempo que la mayor parte de sus referentes son también militantes del *Partido Comunista Revolucionario (PCR)* de filiación maoísta. El *Movimiento Teresa Rodríguez (MTR)*,

agrupación independiente, de inspiración guevarista, o aún en el controvertido *Movimiento de Jubilados y Desocupados (MDD)*, que presenta un fuerte estilo movimientista, de gran exposición mediática, representan también casos en los cuales la lógica territorial y política aparecen entremezcladas y en tensión permanente.

### *1.3. Momentos claves en la historia de la movilización de los desocupados*

La etapa fundacional de los movimientos piqueteros comienza con la primera ola de movilizaciones, a saber, con los legendarios cortes de ruta y puebladas de Neuquén, Salta y Jujuy, en los años 1996 y 1997 y se cierra en 1998, cuando se conforman orgánicamente las dos grandes corrientes sindicales del movimiento piquetero en el oeste del Gran Buenos Aires (especialmente en el partido de La Matanza) que, más adelante, aportarán masividad y escala nacional a las movilizaciones. Nos referimos a la Federación de Tierras y Viviendas (FTV) y la CCC (Corriente Clasista y Combativa), que desde ese año y hasta fines de 2003, constituyeron un sólido bloque, caracterizado por una fuerte tendencia a la negociación y la institucionalización. En este primer período se constituyen también los llamados grupos autónomos o independientes (MTR y MTD) en el sur del Gran Buenos Aires los cuales, a falta de soportes, serán los más castigados en la confrontación desigual, con las estructuras clienterales del Partido Justicialista y con la policía.

También en esta primera etapa se va consolidando un determinado vínculo con el Estado. Así, frente a esta nueva protesta en reclamo de puestos de trabajo, el gobierno - en sus diferentes instancias-, va a alternar, por un lado, la represión directa (sobre todo en el interior del país) e indirecta (procesamiento de los dirigentes y manifestantes, acusados del delito de cortar rutas) y, por otro lado, la multiplicación de sus modos de intervención a través del otorgamiento de los subsidios estipulados en los programas asistenciales. La centralidad de la política asistencial va a generar una fuerte dependencia de las organizaciones piqueteras en relación con el Estado, dado que la obtención y mantenimiento de los planes sociales constituyen hasta el día de hoy el recurso primero y fundamental con el que cuentan los actores movilizados para responder las necesidades de sus miembros a través del trabajo comunitario y, al mismo tiempo, para dotarse de una estructura mínima que les permita actuar y desarrollarse en otros niveles. Así, por encima

de cualquier divergencia en términos de estrategias políticas o de concepciones ideológicas entre los diferentes grupos de desocupados, la dependencia respecto del Estado aparece como parte constitutiva del vínculo.

La segunda etapa señala la entrada de las organizaciones piqueteras a la escena política nacional, en tanto actor central de las movilizaciones sociales. El convulsionado período, caracterizado por una intensa ola de protestas, arranca en 1999, en las postrimerías del segundo gobierno de C. Menem y se cierra a fines de 2001, poco antes de la caída del gobierno la Alianza (1999-2001). Durante esta segunda etapa, de crecimiento y visibilidad, las organizaciones piqueteras fueron desarrollando una creciente autonomía de acción. Pero, a diferencia de los primeros estallidos- entre 1996 y 1997, el ciclo ascendente de 2000-2002 se realiza mucho más concentrado en los espacios tradicionales de la política nacional –la Ciudad de Buenos Aires, el Gran Buenos Aires y las grandes ciudades del interior del país– y tiene, al menos al inicio, claros interlocutores. Esta etapa se cierra con la realización de las dos asambleas piqueteras en el partido de La Matanza, en julio y septiembre de 2001, que para las corrientes más masivas –las dos líneas sindicales (la FTV y la CCC)– representaban la posibilidad de unificar el movimiento y consolidar sus liderazgos.<sup>7</sup> Sin embargo, el fracaso de estas cumbres puso de manifiesto las diferencias de las organizaciones tanto en términos de expectativas como de objetivos, dando por tierra toda posibilidad de conformar un movimiento piquetero unificado. Finalmente, una vez consolidada la fractura, en diciembre de 2001, aparece en escena el Bloque Piquetero Nacional, que fue nucleando todos aquellos grupos independientes y corrientes políticas y partidarias que confrontarán con los sucesivos gobiernos nacionales, sobre todo, luego de la caída de F. De la Rúa.

## **2. Las dimensiones de la experiencia piquetera**

### *2.1. La heterogeneidad de las bases sociales*

---

<sup>7</sup> En esa época existía una asimetría tal entre las diferentes organizaciones y el resto –en términos de capacidad de movilización y de protagonismo político, que resultaba impensable que la asamblea pudiera constituirse en un verdadero ámbito de negociación.

La primera cuestión que llama la atención al analizar la experiencia piquetera es la heterogeneidad de las bases sociales de los movimientos de desocupados. Esta comprende un triple clivaje, a la vez social, generacional y de género.

Así, en primer lugar, la heterogeneidad es social, pues si bien es cierto que los desocupados comparten ciertas condiciones de vida y experiencias comunes básicas, éstos provienen de trayectorias y saberes muy dispares, al tiempo que cuentan con recursos culturales y simbólicos muy disímiles. En líneas generales, podríamos afirmar que, en Argentina, la experiencia de la descolectivización se sitúa entonces entre dos extremos: ésta puede ser de larga data, esto es, estar en el origen de una trayectoria por momentos errática, signada por la precariedad y la inestabilidad (alternancia de períodos de empleo – formal o precario– con períodos de desempleo); o bien, la experiencia del desempleo puede ser mas reciente, estar asociada a una carrera laboral más estable que se interrumpe abruptamente. De todos modos, tanto desde una perspectiva de corto como de mediano plazo, la erosión de los tradicionales marcos sociales y culturales que estructuraron el mundo obrero industrial, marcado por la experiencia de la integración a la vez política (la identidad peronista), económica (el acceso al consumo) y social (los derechos sociales, protección social, estabilidad laboral) devino inevitable. Sin embargo, uno de los elementos cruciales de la experiencia no es tanto el carácter ineluctable de la crisis y la desaparición del modelo “tradicional”, sino más bien la distancia –personal y a la vez colectiva– que se establece entre aquel modelo de estructuración “originario” y la vivencia de los actores.

A esto es necesario agregar, en segundo lugar, el clivaje de género, pues no es posible ignorar que la mayor parte de los adherentes y militantes de las organizaciones piqueteras son mujeres, y que sobre ellas reposa gran parte de la organización administrativa y laboral, sin contar que muchas de ellas tienen un rol fundamental en otras tareas, tradicionalmente masculinas, como la seguridad. Sin embargo, pese al protagonismo innegable que tienen desde el principio, son muy pocas las mujeres que en la actualidad aparecen como dirigentes a nivel nacional, insertándose en las organizaciones como “cuadros medios” y/o como referentes regionales. Esto no se debe solamente a los rasgos patriarcales del mundo popular, sino también al hecho de que aquellos que provienen del universo militante, tanto político como sindical, son hombres,

mientras que las mujeres más destacadas no suelen contar con una trayectoria política ni sindical, aunque tengan en ciertos casos una experiencia organizativa en el plano barrial.

En tercer lugar, hay que tener en cuenta que los jóvenes constituyen una parte importante de las bases sociales de las organizaciones. En un fuerte contexto de crisis económica y desinstitucionalización, los jóvenes son el objeto de una triple exclusión: la mayor parte de ellos han tenido escaso contacto con las instituciones educativas y políticas, sufren frecuentemente el acoso y, en el límite, la represión de las fuerzas de seguridad; por último, la mayoría no registra experiencia laboral alguna. A falta de experiencia laboral y, por ende, de desdibujamiento de la cultura del trabajo, las organizaciones piqueteras proponen otros lugares de producción de la disciplina y la solidaridad; por un lado, a través del trabajo comunitario, ligado muy estrechamente a la satisfacción de las necesidades más inmediatas (huertas comunitarias, comedores, roperos, entre otros), por el otro, a través de la experiencia asamblearia.

## *2.2. La identidad piquetera y los repertorios comunes de acción*

Aún en este contexto de fuerte heterogeneidad y más allá de las diferencias que pueden encontrarse entre las distintas organizaciones piqueteras, un elemento común las recorre. Ese elemento puede ser definido como una *identidad piquetera*, cuyo anclaje no es otra cosa que un relato constituido a partir de 1996 en el que se narra la experiencia de los piqueteros.<sup>8</sup> Todos los testimonios –no sólo las entrevistas sino también las crónicas periodísticas– coinciden en que ese relato comienza con el corte en Cutral-Có y Plaza Huinca donde surge el nombre piqueteros. Esa narración vincula tres términos fundamentales: en primer lugar, un nombre -piqueteros- que es el agente principal de las acciones que la historia narra; en segundo lugar, y diremos que como eje central, se encuentran precisamente esas acciones que son los cortes de ruta -los piquetes- y, en tercer lugar la historia se complementa con los motivos y las consecuencias de esas acciones, lo que remite centralmente tanto al vínculo entre modelo económico y crisis, cuanto a la demanda genérica de trabajo digno así como a la recepción y administración

---

<sup>8</sup> Sobre la utilización de la noción de identidad narrativa –elaborada originalmente por Paul Ricoeur– aplicada al estudio de movimientos sociales: Polletta, F., "'It Was Like a Fever...' Narrative and Identity in Social Protest", en *Social Problems*, Vol. 45, No. 2, Mayo 1998 y Polletta, F., "Contending Stories...", en *Qualitative Sociology*, Vol. 21, No. 4, 1998.

de planes asistenciales. Ese relato es el que da sentido a los acontecimientos que recorren toda la historia piquetera y que finalmente explica el surgimiento de las organizaciones de desocupados como una consecuencia de la desestructuración productiva del país.

Por otro lado, la experiencia piquetera se construye al interior de un espacio en el cual se ha ido definiendo un repertorio común de acción. Desde nuestra perspectiva, este repertorio está constituido, en primer lugar, por el *piquete* o corte de ruta, en segundo lugar, el *funcionamiento asambleario*, en tercer lugar, las referencias a la *pueblada*; por último, el *trabajo territorial* desarrollado a partir de la instalación de una demanda (los planes sociales).

En primer lugar, no hay que olvidar que el *piquete*, en tanto nueva metodología de acción, desplazó y fijó un nuevo umbral en los conflictos sociales, insertándolos en una dimensión cruda, que coloca en primer plano las condiciones de vida material. No es casual que parte del caudal disruptivo del piquete provenga de esta interpelación radical, que es a la vez, el reclamo de una situación límite y una urgencia, que envuelve la problemática de la falta de trabajo junto con la realidad palpable del hambre.

En lo que se refiere al *funcionamiento asambleario*, segundo elemento en común, es necesario señalar que ésta ha signado sin dudas la historia de los diferentes levantamientos populares que han sacudido la Argentina de los ´90. Ciertamente, la experiencia de Cutral-Có, en 1996, marcó el inicio de una fuerte dinámica asamblearia que prontamente retomarán otras grandes movilizaciones del período (Tartagal-Mosconi, Jujuy, Corrientes); se expresará luego en determinados formatos organizativos dentro de las estructuras de los grupos piqueteros; y encontrará, por último, una nueva inflexión en el proceso asambleario iniciado en la Ciudad de Buenos Aires y en otros lugares del país a partir de diciembre de 2001. Un nuevo ciclo político que se abrió entonces en las lejanas localidades del sur, en la ruta nacional 22, con una única consigna, "¡Que venga Sapag!"<sup>9</sup> y que, de alguna manera, se cerró en Plaza de Mayo y en el Congreso Nacional, en los centros mismos del poder ejecutivo y legislativo, con una multitud que coreaba la consigna "¡Que se vayan todos". Aunque ambas experiencias asamblearias parten de la idea de la distancia o la disociación entre el sistema político y la sociedad, no por ello comparten la misma concepción del vínculo político. La doble experiencia asamblearia en Cutral-Có y Plaza Huincul, no vehiculaba otra cosa que un pedido de inclusión, a través de la

---

<sup>9</sup> Sapag era en la época el gobernador de la provincia de Neuquén, perteneciente al Movimiento Popular Neuquino, partido provincial de fuertes resonancias populistas.

reformulación de un proyecto económico y social integrador. En cambio, en diciembre de 2001, la multitud desengañada planteaba la separación con respecto al sistema político representativo; en el límite, la afirmación de la autonomía de lo social, expresada en un conjunto de redes de solidaridad conformado por diferentes organizaciones sociales y comunitarias.

En tercer lugar, un elemento fundamental de los repertorios comunes de acción del movimiento piquetero se relaciona con el doble papel que juegan allí las *puebladas*. Desde el inicio de las movilizaciones en el interior del país, las puebladas representaron para las organizaciones de desocupados, una suerte de garantía para enfrentar las represiones que les esperaban como respuesta a los cortes de ruta. En este sentido, la experiencia de la localidad de General E. Mosconi (en la Provincia de Salta) es paradigmática pues allí la construcción política de la Unión de Trabajadores Desocupados (UTD) se produjo en relación directa con la capacidad de maniobra que supuso el levantamiento de todo el pueblo, como respuesta a las represiones de los cortes. Como en épocas de guerra, sirenas y campanas despertaron una y otra vez a la población de Mosconi en momentos en que la ruta comenzaba a ser desalojada. Esas situaciones de movilización masiva -"es todo el pueblo el que está en la ruta" según lo había expresado una jueza federal- representaron para muchas comisiones y organizaciones de desocupados -tal al menos los casos de Salta, Neuquén y Jujuy- una posibilidad de hacer frente a la respuesta del Estado y dar, por ende, un salto cuantitativo en su capacidad de negociación. Por otro lado, aún en las localidades donde los procesos de organización de los desocupados no tuvieron las mismas características que en Mosconi, la pueblada dejó claramente la impronta de un nuevo tipo de relación entre los habitantes.

Por último, en cuarto lugar, para todas las organizaciones piqueteras las distintas modalidades de *planes de empleo transitorio* (cuyo paradigma es el mencionado Plan Trabajar) representan una condición de posibilidad de su existencia. Esto se explica porque históricamente todos los cortes de ruta fueron levantados a cambio de "paquetes de planes" provinciales o nacionales, o en algunos casos, contra la entrega de mercadería. Así, los planes significaron una solución de compromiso, una especie de débil equilibrio logrado en el contexto de la necesidad y de una importante debilidad relativa. Sin embargo, si bien la movilización comenzó siendo esporádica, ella fue cada vez más masiva y recurrente, con lo cual durante la segunda mitad de los noventa algunos grupos lograron

consolidar sus volúmenes de planes. Por otro lado, éstos comenzaron a ser percibidos cada vez más por las organizaciones -sobre todo por sus bases- como derechos adquiridos, antes que como prestaciones asistenciales.

Ahora bien, desde 1999, una vez que las organizaciones lograron el control directo de los planes sociales, la contraprestación exigida (4 horas diarias de trabajo), se orientó entonces al trabajo comunitario en los barrios. A partir de ello, los planes comenzaron a ser considerados en discusiones que rozaron muy de cerca un problema fundamental, a saber: ¿qué se entiende en este contexto por trabajo digno y genuino? Sin duda, la respuesta a esta gran pregunta fue poniendo al descubierto, desde otro punto de vista, las grandes diferencias que en términos estratégicos recorren a las organizaciones piqueteras.

En el interior del país, la distribución masiva de planes permitió hacer frente a situaciones de desprotección total. Sin embargo, en varios casos los planes fueron recibidos como salarios y la obligación de desarrollar una contraprestación laboral fue rápidamente asumida. Así, se produjeron situaciones paradójicas, pues las propias organizaciones fueron creando los marcos necesarios para poder llevar adelante los proyectos, dando origen a verdaderas experiencias de autogestión. En muchos casos, los municipios no sólo no entregaron los materiales para que se llevaran adelante los proyectos sino que trataron de impedir la ejecución de las tareas.

El punto importante aquí es que en la realización de esos proyectos y, en el límite, en la experiencia de la autogestión, varias organizaciones apuntaron a encontrar un sustituto del trabajo asalariado. Ese sustituto les abrió la posibilidad de volver a pensarse como trabajadores y, por ende, reencontrar la dignidad. Por otro lado, también en muchos casos el desarrollo de esos proyectos -específicamente de huertas comunitarias y panaderías- hizo posible (re)construir mini economías de subsistencia que permitieron hacer frente a las situaciones de hambre. Por último, el desarrollo de tareas de servicios - la limpieza de espacios públicos y, en algunos casos, de refacción de edificios- produjo otra percepción y legitimación de las organizaciones en el seno de sus comunidades.

En todos los casos, la inclusión de los planes en las lógicas de construcción política fue menos una decisión de las organizaciones que la presión de las bases frente a los contextos de urgencia y necesidad. Sin embargo, la aceptación de los planes supuso que implícita o explícitamente, cada una de las organizaciones se diera debates o tomara decisiones respecto de sus formas organizativas, de las claves de sus inscripciones

territoriales y, fundamentalmente, de la manera en que se tematizaba o retematizaba la noción de trabajo. Pero, para la mayor parte, la fuerte herencia de la sociedad salarial –en su impronta fabril- marca todavía la concepción del trabajo genuino y el horizonte de su reconstrucción.

### **3. Actualidad de la cuestión piquetera**

#### *3.1. Entre la cooptación y el disciplinamiento*

Las relaciones que han mantenido los sucesivos gobiernos con los movimientos piqueteros no han recorrido un carril único. Más bien, desde el comienzo éstas han venido combinando diferentes estrategias, que alternan la negociación y la cooptación, con dosis importantes de represión. Así, los mecanismos de negociación fueron institucionalizándose a través de la distribución de paquetes de planes sociales y ayuda alimentaria y, más recientemente, de herramientas y subsidios para los proyectos productivos. La negociación, a su vez, fue acompañada por el endurecimiento del contexto represivo, visible en los numerosos episodios de represión que atraviesan la historia del movimiento piquetero. A su vez, desde 1996 en adelante, dichas estrategias han sido convenientemente acompañadas por una sostenida política de judicialización del conflicto social, tanto a nivel nacional como en las respectivas jurisdicciones provinciales, que hoy se traduce en más de 4.000 procesamientos, entre dirigentes y militantes.<sup>10</sup>

De todas formas, una nueva etapa se abrió con los sucesos de diciembre de 2001. Recordemos que las jornadas del 19 y 20 de diciembre impulsaron la apertura de un nuevo escenario político, marcado por la movilización de diferentes actores sociales. Este nuevo ciclo de movilizaciones catapultó a las organizaciones piqueteras al centro de la escena político-social, al tiempo que le permitió desarrollar un vínculo con otros sectores sociales, en especial, con las clases medias movilizadas. Asimismo, este período se caracterizó también por la masificación de los subsidios o planes sociales, cuyo objetivo a

---

<sup>10</sup> Bien vale la pena aclarar que las nuevas protestas plantearon un conflicto de derechos (entre el derecho a peticionar y el derecho a circular). En este sentido, el poder judicial ha venido desarrollando una política de rechazo de las nuevas formas de protesta, estableciendo juicios muy cuestionables y pronunciándose sin mayor reflexión, en favor del derecho de libre circulación (Gargarella: 2003 y 2004, CELS: 2003). Para el tema, véase también "Informe sobre la situación de Derechos humanos en Argentina": 2004.

corto plazo era el de paliar la grave situación social que atravesaba el conjunto de la población, en un escenario posdevaluatorio, marcado por la crisis económica y el aumento del desempleo. En junio de 2002, un hecho de represión, que culminó con el asesinato de dos jóvenes piqueteros por parte de las fuerzas represivas, conmocionó a la sociedad argentina y generó masivas marchas de repudio, Este episodio produjo la reorientación de la política del gobierno, que tuvo que llamar a elecciones generales anticipadas, al tiempo que debió adoptar una línea más "legalista" en el tratamiento de la "cuestión piquetera". En definitiva, las elecciones generales corroboraron la persistencia del peronismo en los sectores populares—sobre todo, frente al colapso de otros partidos tradicionales—, tanto como advirtieron sobre los posibles riesgos de aislamiento de las nuevas movilizaciones sociales.

Finalmente, la llegada al gobierno de N. Kirchner, cuyos primeros gestos políticos generaron una gran expectativa de parte de amplios sectores sociales, impulsaron una sucesión de realineamientos dentro del diversificado espacio piquetero. Pese a que el presidente Kirchner se encontró con movimientos piqueteros bastante consistentes, sobre todo luego de las grandes movilizaciones de 2002, el cambio del escenario político le otorgó un margen de acción bastante más amplio respecto de los gobiernos anteriores, a partir del cual desarrollar diferentes estrategias, que incluyen desde la cooptación de las organizaciones afines, hasta la tentativa de control y disciplinamiento de las agrupaciones más movilizadas.

La hipótesis de la integración e institucionalización comenzó a perfilarse como una tendencia importante a partir del gobierno de Kirchner, alimentadas por el accionar de ciertas organizaciones sociales que vieron en el nuevo presidente la posibilidad de un retorno a las "fuentes históricas" del justicialismo. Por último, a la integración y institucionalización hay que sumar la estrategia de control y disciplinamiento, dirigida sobre todo hacia los grupos más movilizadas, entre los que se encuentran aquellos que componen el Bloque Piquetero Nacional y el MDD.

En suma, la política de N. Kirchner consistió en poner en acto, simultáneamente, el abanico de estrategias disponibles para integrar, cooptar, disciplinar y/o aislar al conjunto de las organizaciones piqueteras, discriminando entre las diferentes corrientes y organizaciones. El balance que puede hacerse hasta el momento indica que dichas estrategias han sido transitoriamente "exitosas", tanto en términos de integración e institucionalización de las corrientes afines, como de aislamiento de las corrientes

opositoras. Para llevar a cabo tal cometido, el gobierno nacional se apoyó en el estado de la opinión pública, fuertemente apuntalado por sectores de derecha, a través de los grandes medios de comunicación.

En un primer momento, para controlar a las organizaciones piqueteras, el gobierno nacional no dudó en alentar la estigmatización de la protesta, contraponiendo la movilización callejera a la exigencia de "normalidad institucional"-, e impulsando así la imagen de una democracia supuestamente "acosada" por los desocupados. Atravesada por una cruda retórica sarmientina donde se entremezclan los estereotipos negativos del piquetero "violento" con aquella del piquetero "plebeyo", la campaña de invectiva y descalificación verbal ha tenido momentos de alto voltaje. Como en décadas pasadas, las visiones maniqueas y descalificantes ganaron el lenguaje periodístico, reduciendo la experiencia piquetera a una metodología de lucha "ilegal" (el piquete), así como se multiplicaron los ataques contra las organizaciones, acusadas de asistencialismo (dependencia respecto del Estado, vía planes sociales) y de nuevo clientelismo de izquierda. No es extraño que esta campaña haya logrado instalar un peligroso sentido común caracterizado por el rechazo a las organizaciones piqueteras, que aparecen definidas ahora como un "problema" y, a la vez, como una "amenaza", en el supuesto proceso de recuperación social (capitales y trabajo) .

En un segundo momento, pese a que el gobierno inicialmente se había comprometido a tratar la amnistía o nulidad de los procesamientos iniciados por cortes de ruta, apenas entablada la pulseada en las calles, olvidó el proyecto y apostó a la política de manejarse –en palabras del ministro del interior- con el "código penal en la mano". De esta manera, la tendencia a la criminalización del reclamo piquetero tomó un fuerte impulso. Así, en los últimos tiempos, en sintonía con el poder político, los jueces comenzaron a actuar de oficio, abriendo causas penales contra militantes sociales o solicitando investigaciones y seguimientos sobre las modalidades organizativas y financiamientos de determinadas agrupaciones piqueteras. En fin, a mediados de 2004, el endurecimiento de las posiciones gubernamentales se tradujo en una nueva oleada represiva, que arrancó con la detención de una veintena de manifestantes, en el marco de una protesta contra el nuevo código contravencional de la ciudad de Buenos Aires y con el encarcelamiento y dictado de prisión preventiva de varios militantes piqueteros, en ocasión de una protesta realizada ante la visita del nuevo titular del FMI, así como de otros tantos en la Patagonia argentina, que luego de ocupar una multinacional petrolera, habían logrado llegar a un acuerdo con ésta.

En fin, la recurrente judicialización del conflicto piquetero tiene como resultado el agravamiento de las figuras penales imputadas a los manifestantes, a la par que tiende a

desdibujar el reclamo esencial de las organizaciones de desocupados, al reducir la protesta a un tipo de acción (el corte de ruta o de calle), obturando la percepción y valoración de aquellas otras dimensiones que constituyen la experiencia, esto es, el trabajo comunitario en los barrios así como el desarrollo de nuevas prácticas políticas, asociadas a la dinámica asamblearia.

### *3.2. Las reconfiguraciones ideológicas*

¿Qué sucedió del lado de las organizaciones piqueteras? Esto es, ¿qué diagnósticos se realizaron respecto del nuevo gobierno peronista? En realidad, el cambio en las oportunidades políticas y los diagnósticos terminaron por actualizar y poner en evidencia las diferentes matrices ideológicas de los movimientos. En función de ello, hoy podemos distinguir con mayor claridad tres configuraciones mayores: las agrupaciones populistas, las ligadas a los partidos de izquierda y, por último, lo que podemos denominar como el espacio de las nuevas izquierdas.

Desde el comienzo, las agrupaciones de matriz populista<sup>11</sup> desarrollaron una fuerte expectativa (re)integracionista, apostando a la reconstrucción del estado nacional, desde un nuevo liderazgo, encarnado por el presidente N.Kirchner. Este ala del movimiento piquetero se apoya en el nuevo clima ideológico que recorre el continente y alienta la idea de conformar un polo latinoamericano, que incluyen experiencias como la de Chávez en Venezuela, Lula en Brasil, Kirchner en Argentina, próximamente el Frente Amplio en Uruguay y, eventualmente el cocalero Evo Morales en Bolivia. Entre estas organizaciones se encuentra la ya institucionalizada FTV, así como la organización Barrios de Pie y varios pequeños grupos, de reciente formación, que en junio de 2004 conformaron un Frente piquetero oficialista, que apoya la política presidencial. Dichas agrupaciones reciben hoy

---

<sup>11</sup> No olvidemos que la matriz populista se asienta sobre tres principios o afirmaciones mayores: uno, el principio de la conducción a través del líder (un liderazgo personalista, con fuerte retórica nacionalista), dos, el principio de las bases sociales organizadas (la figura del Pueblo-Nación), tres, la constitución de una coalición interclases, condición para una redistribución de la riqueza más equitativa (el modelo socio-económico integrador). Mientras que en la experiencia actual los dos primeros principios están presentes (el líder personalista y las bases sociales organizadas, en la actualidad no existen indicadores acerca de la implementación un nuevo modelo socioeconómico, en un sentido redistribucionista. De manera que, la expectativa reintegracionista de los grupos populistas se encuentra ante un obstáculo mayor, debido a la ausencia de uno de los ejes centrales del modelo al cual adhieren. Esta ausencia aumenta el riesgo de que, efectivamente, las organizaciones de tipo territorial, terminen siendo un mero instrumento del Partido Justicialista (y de sus actuales disputas internas), o simplemente absorbidos y neutralizados por las corrientes más conservadoras y reaccionarias del partido en cuestión, como ha sucedido –y trágicamente- en otros momentos de la historia argentina.

un tratamiento privilegiado de parte del gobierno nacional, al ser beneficiadas por algunos de los nuevos programas sociales, que contemplan la construcción de viviendas y el financiamiento de emprendimientos productivos.

Por el contrario, los grupos ligados a los partidos de izquierda (que incluyen una agrupación independiente, de estilo movimientista, como el MDD), impulsaron una lectura del gobierno de Kirchner en términos de continuidad con los anteriores ("más de lo mismo"). Las serias dificultades para reconocer el cierre de la situación anterior y el cambio de oportunidades políticas, condujo a que dichas organizaciones actualizaran hasta el paroxismo una estrategia centrada en la movilización callejera, como eje prioritario de la construcción y concientización política, cuyas consecuencias a mediano plazo se tomaron negativas tanto en términos de capacidad de presión (hacia el gobierno), como de movilización (el desgaste inevitable de las bases sociales).

En fin, mientras que las dos primeras tendencias dan cuenta de una progresiva "partidización" de las organizaciones dentro del campo piquetero, existe una tercera tendencia, menos visible para los medios de comunicación, más innovadora en términos de prácticas políticas, que ha ido configurando el espacio de las nuevas izquierdas, en la cual podemos ubicar las organizaciones independientes. Este espacio heterogéneo, en el cual se encuentran organizaciones de larga trayectoria como el MTR, la UTD de Mosconi y los MTDs de la A.Verón, comprende un arco ideológico muy amplio que va del guevarismo, la izquierda radical en sus diferentes variantes, hasta las formas más actuales del autonomismo. Pero, más allá de las diferencias que las separan, todas ellas hicieron la opción por los matices, buscando no caer en la trampa de la posición simplificadora frente a la cual los colocaba, una vez más, la productividad histórica del justicialismo. Así, sin renunciar a la movilización ni a la producción de nuevas estrategias de acción, privilegiaron la temporalidad de la problemática barrial, preocupados por la creación de ámbitos de formación política y esferas de producción de nuevas relaciones sociales (el "nuevo poder", el "poder popular" o el "contrapoder", según las diferentes formulaciones), antes que a una desigual contienda política con un gobierno fortalecido por el apoyo de la opinión pública.

En resumen, la reciente emergencia de un espacio piquetero oficialista, conformado por grupos afines al populismo, junto con la separación del bloque matancero y la búsqueda de nuevas estrategias de acción, que apuntan tanto a la coordinación con otros actores sociales, así como a la diversidad de formatos, repertorios y discursos, en un escenario político crecientemente polarizado, constituyen las notas más saltante del período.

## **Conclusiones**

Al igual que los logros efectivamente realizados, las dificultades que atraviesan a las organizaciones piqueteras han revelado ser numerosas y complejas. No podemos cerrar este artículo sin enumerar algunos de los desafíos que, como verdaderas asignaturas pendientes, recorren e interpelan el espacio piquetero.

El primer desafío se refiere a la necesidad de producir instancias de coordinación política que mitiguen los efectos de la fragmentación del espacio piquetero, en un escenario de cooptación de los movimientos y de fuerte rechazo de la población a la movilización. Ahora bien, a diferencia de épocas anteriores y a la luz de los hechos acaecidos en el último año, es necesario agregar que la coordinación entre los grupos constituye una condición necesaria, pero no suficiente para romper el cerco informativo e interpretativo, y menos aún, el "sentido común negativo" que han contribuido a instalar activamente los medios de comunicación y el gobierno actual en torno del fenómeno piquetero, en un contexto de creciente criminalización del reclamo. En realidad, la situación actual plantea, más que nunca, un desafío mayor a la innovación política que requiere de la producción de nuevos discursos capaces de reformular los ejes de la discusión política, a partir de lo cual se tome productivo el desarrollo de vínculos y puentes con otros actores, en especial con los sindicatos y los partidos políticos.

Sin embargo, es necesario tener en cuenta cuán vertiginosos y dinámicos son los procesos sociales cuando de movimientos sociales se habla, pues si bien el cuadro anterior continúa describiendo una realidad que atraviesa de hecho a gran parte de las organizaciones, no son pocas las que actualmente buscan responder los nuevos problemas y desafíos, a través de la reformulación y extensión de sus plataformas discursivas y reivindicativas. Resulta significativo, por ejemplo, que algunas organizaciones independientes de larga trayectoria hayan comenzado a promover acciones e iniciativas de alto contenido simbólico y político frente a los distintos poderes del Estado, con el objetivo de desplazar el actual eje del debate, centrando sus exigencias en el cumplimiento de los derechos sociales que figuran en la Constitución Nacional, tanto como en la denuncia de la acción depredadora de las empresas multinacionales. Por otro lado, otras organizaciones, apuntan más bien a ampliar el repertorio de acción, realizando los llamados "piquetes a las ganancias", esto es, bloqueos a ventanillas o accesos de las empresas privatizadas (trenes, subterráneo), en reclamo de puestos de trabajo. Por último, las movilizaciones más recientes indican una tendencia a la coordinación, en un escenario político cada vez más enrarecido por la fuerte campaña antipiquetera llevada a cabo por los grandes grupos económicos, representados por la derecha política y sus referentes mediáticos, cuyo

grado de simplificación e intolerancia es directamente proporcional al espacio con el que hoy cuentan en los grandes medios de comunicación

Para finalizar, recordemos que en Argentina existen cerca de dos millones trescientos mil desocupados (aproximadamente cinco millones, si se incluye a los subocupados), aunque solo una escasa parte de ellos están organizados. Sin embargo, pese a que estadísticamente están lejos de representar la mayoría, las organizaciones piqueteras han desarrollado un gran protagonismo social y político. Esa innegable centralidad, tan perturbadora y a la vez tan irritante, viene a decirnos una y otra vez que ninguna sociedad con aspiraciones de integración y de justicia social puede construirse sobre la base de la exclusión de una parte de ella. Como corolario de lo dicho, cabe agregar que en nuestro país pocos movimientos sociales –el peronismo y, en parte, el radicalismo en sus orígenes- han concitado lecturas tan maniqueas y expresiones tan discriminatorias, que nos recuerdan la visión sarmientina de la historia (el retorno de lo plebeyo). Más aún, pocos movimientos sociales han producido posicionamientos políticos tan ambiguos, recubiertos de una falsa retórica progresista, como aparece de manera ejemplar en aquellas críticas que adhieren sin más a la hipótesis de la “manipulación” de las bases o, de manera supuestamente más elaborada, a una visión miserabilista de los sectores populares. Así, configurando dos extremos, que van de la mirada clasista a la crítica normativa, una y otra posición contribuyen a aumentar el aislamiento de las organizaciones, afianzan la criminalización del reclamo y, por supuesto, facilitan la posibilidad de una salida represiva.

Es cierto que las organizaciones piqueteras contienen una fuerte presencia de componentes pragmáticos, que por momentos parece vincularlas más a una dinámica acorde a un “movimiento social urbano”, de tipo reivindicativo, que a aquella propia de un movimiento social antagónico, portador de nuevas orientaciones socioculturales o un contraproyecto societal. Sin embargo, pese a ello, a partir de grandes dificultades y en medio de un fuerte aislamiento, de límites coyunturales y/o estructurales, existen numerosos movimientos que en una lucha desigual continúan generando, día a día, entre la ruta y el barrio, prácticas novedosas y disruptivas, nuevas formas de subjetivación y de recreación de los lazos sociales. Todo lo cual nos lleva a reafirmar entonces que no será desde registros unilaterales que comprenderemos y aportaremos al esclarecimiento de una dinámica social tan compleja, sino más bien desde y a partir de la incorporación de la ambivalencia al análisis, suerte de registro de origen que atraviesa tanto la trama profunda como los avatares más visibles y coyunturales de las organizaciones piqueteras.

## Referencias bibliográficas

Alerta Salta, (2004), *Informe sobre la Situación de los Derechos Humanos en Argentina*, informe presentado en el *III Encuentro de Defensores y Defensoras de Derechos humanos*, San Paulo, 23-25 de agosto (versión electrónica en [www.lavaca.org](http://www.lavaca.org)).

Beccaria, L. (2002), "Empleo, remuneraciones y diferenciación social en el último cuarto del siglo XX", en AAVV, *Sociedad y Sociabilidad en la década de los '90*. Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento - Biblos.

----- (2001), *Empleo e integración social*, Fondo de Cultura Económica, México.

-Castel, R. (1995), *La metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós.

CELS, (2003), *El Estado frente a la protesta social, 1996-2002*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.

-Gargarella, R. (2003), "El derecho de resistencia en situaciones de carencia extrema," Buenos Aires, mimeo, 18p

-Gerchunoff, P. y Torre, J. C. (1996), "La política de liberalización económica en la administración de Menem", en *Desarrollo Económico n° 143*, Buenos Aires.

-James, D. (1990), *Resistencia e Integración*, Buenos Aires, Sudamericana.

-Martuccelli, D y M. Svampa, (1997) *La Plaza Vacía, Las Transformaciones del peronismo*, Bs.As, Losada.

- Polletta, F., "'It Was Like a Fever...' Narrative and Identity in Social Protest", en *Social Problems*, Vol. 45, No. 2, Mayo 1998

- Polletta, F., "Contending Sotories...", en *Qualitative Sociology*, Vol. 21, No. 4, 1998

- Schuster, F. y Pereyra, S. (2001): "La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política", en N.Giarraca y colaboradores, *La Protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Madrid, Alianza.

----- (2002), *La trama de la crisis. Modos y formas de la protesta Social a partir de los acontecimientos de diciembre de 2001.*, Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

-Svampa, M y S. Pereyra (2003), *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos.

-Torre, J.C. (1989), *Los sindicatos en el gobierno (1973-1976)*, Buenos Aires, CEAL.

-Zibechi, R. (2003), *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*, Buenos Aires, Letra Libre.